

Cuadernos del Sur

Número 2 ■ Abril-Junio de 1985

Tierra  fuego
del

A propósito de un texto sobre economía de Raúl Sendic

Pedro Vuskovic

La lectura de los apuntes económicos* de Raúl Sendic representó para mí una experiencia singular y una fuente motivadora de reflexiones diversas.

Supé sobre las condiciones en que los había escrito, más dramáticas de cuanto pudiera imaginarse; y por lo mismo, la avidez de la lectura no tenía que ver con cualquier intención de evaluación “técnica”, de identificación de los méritos académicos que pudiera tener o las críticas que desde ese ángulo pudiera merecer el texto mismo. No era, en mi disposición de lector, la rigurosidad de sus contenidos específicos lo que importaba sino, reconocidas las circunstancias de su origen, lo que dejaría sugerido para el presente y para la elaboración posterior de uno mismo. Una condición, por lo demás, que ojalá se la pudiera encontrar también en otros escritos económicos que —a diferencia de éstos— amparan la calificación técnica y la dedicación principal de sus autores.

Pensé que esa disposición de lectura era lo que el mismo Sendic esperaba de los lectores. Porque ha escrito sobre temas económicos debe su condición fundamental de dirigente político; y por lo mismo, muy probablemente lo ha hecho para levantar inquietudes, para reclamar otras contribuciones desde ángulos no convencionales, que sin embargo son los que importan a los pueblos aunque no sirvan a los grandes intereses privados.

He creído advertir dos rasgos muy importantes en el propósito y el contenido de estos escritos; uno, que tiene que ver con el significado

* Raúl Sendic, *Reflexiones sobre política económica. (Apuntes desde la prisión)*. Editorial Tierra del Fuego, Buenos Aires, 1984.

de ellos precisamente como manifestación de las preocupaciones económicas de un dirigente político; el otro, como expresión de una profunda convicción sobre la necesidad de extender el conocimiento económico a las masas, al hombre común. Quisiera, pues, decir algo sobre una y otra cosa.

La relación entre "lo económico" y "lo político" ha sido y sigue siendo tema de preocupación constante y frecuente controversia. En verdad, no siempre con sentido constructivo y muchas veces bajo el sesgo de las acusaciones recíprocas: la recriminación por el "mecanismo económico" en que incurrirían unos, al exagerar la determinación política de los factores económicos; o por el "voluntarismo político" de otros, al subestimar la gravitación que tendrían en las tendencias y hechos políticos los acontecimientos económicos que los influyen. De lo que no cabe duda es de que, particularmente en el mundo contemporáneo, la habilitación para comprender los procesos económicos es una necesidad insoslayable del dirigente político; y ello no sólo cuando asume responsabilidades de gobierno, en la culminación exitosa de su causa, sino también para la contribución eficaz de su participación en la lucha que busca abrir paso al triunfo de esa causa.

La necesidad es evidente en la situación presente de América Latina. Desatada la crisis económica más profunda del último medio siglo, está arrasando en su intensidad y su extensión con los propios entendimientos del desarrollo latinoamericano que habían llegado a hacerse convencionales. La perplejidad abrumba no sólo a los dirigentes políticos, sino a los mismos economistas profesionales. Las propuestas "desarrollistas" que imperaron en las décadas pasadas terminaron reconociendo fronteras aparentemente infranqueables y contribuyeron a gestar las respuestas más conservadoras o francamente reaccionarias, que en los últimos años fracasan estrepitosamente sin que surjan todavía, en su reemplazo, las nuevas propuestas de transformación social que se intuyen como las únicas capaces de abrir nuevas perspectivas de futuro.

Particularmente para la izquierda latinoamericana se ha abierto así un desafío perentorio de reinterpretación, de revisión de sus esquemas de pensamiento sobre el desarrollo de América Latina, y en consonancia con ello, de actualización y elaboración más cabal de sus propuestas. Una tarea que reclama la contribución de los economistas, pero que de ninguna manera podría ser privativa de ellos; es, en lo esencial, una tarea política, que incumbe a los dirigentes políticos. Si otros dirigentes revolucionarios del pasado reciente sintieron la necesidad de absorber una cuota de conocimiento econó-

mico para encarar nuevas responsabilidades de administración de un aparato de Estado, hoy día esa necesidad es fruto de los requerimientos de la lucha misma y los obliga al esfuerzo de autoformación para responder a ella. Sin que lo diga explícitamente así, este propósito parece surgir de cada párrafo de los escritos de Sendic, que pareciera enseñar aprendiendo él mismo en las condiciones más penosas.

La otra condición tiene que ver con el acceso a un conocimiento económico básico de los trabajadores, del hombre común, de los no economistas. Lo cual supone romper el hermetismo de un lenguaje “especializado” que pareciera buscar deliberadamente constituirse en las claves de una cofradía cerrada, de comunicación entre sus miembros y de barrera impenetrable para los extraños. Y aún más importante: supone referir el análisis económico a los problemas relevantes de la vida real, despojándolo del preciosismo de unas construcciones abstractas tan rigurosas en su lógica interna como lejanas de la realidad misma. Es decir, que los economistas escriban para el pueblo, no sólo para otros economistas; que faciliten entender la significación económica de los hechos de la vida cotidiana —el salario que se percibe, los precios que se pagan, el trabajo que se encuentra o no se encuentra, y la relación de todo ello con la economía nacional y sus relaciones económicas externas—; que ayude a todos a la comprensión de los procesos sociales en que de cualquier modo estamos todos envueltos; que contribuya a asentar las bases para el futuro de una sociedad “participativa”, también en lo económico.

Tal vez es esta omisión grave de los economistas profesionales lo que anima a Sendic. Por eso busca construir él mismo un “manual práctico de economía”, se esfuerza por simplificar, propone imágenes familiares que ayuden a entender los conceptos fundamentales. Se podrá criticar, con razones, el texto a que llega; pero no la legitimidad de la intención. La crítica a sus escritos supondrá a la vez el reconocimiento to autocrítico de no haberse siquiera propuesto encarar un compromiso similar; y además, reconociendo en ello una tarea particularmente difícil, que no cualquier economista se atrevería a emprender.

Por eso, procura no perderse en la maraña de influencias diversas que parece recibir, buscando desde el inicio unos ejes orientadores que prevengan los desvíos. Los encuentra, en primer lugar, en la población misma, en el propósito de que se cumpla la doble condición del hombre de ser a la vez el factor básico del proceso económico y el destinatario de sus resultados. Define entonces el objetivo de la

economía en términos de una asignación de recursos que lleve a “una producción que asegure alimentos, salud y máximo desarrollo y bienestar posible de cada uno de los miembros de la población”, para lo que reclama el máximo de equidad y el mínimo de desperdicio.

Parece elemental, pero no es del todo frecuente esta colocación del hombre en el centro del “problema económico”. Sendic no vacila: recuerda la Europa en la inmediata posguerra, cuando inicia su recuperación a partir del único capital que pudo preservar, su capital humano; y advierte cómo “una inversión en máquinas es para 10 años, en alimentación, salud y enseñanza es para 40 años”. Habría que contrastar esa línea de pensamiento con la queja constante de nuestros “diagnósticos” por el *problema* de los contingentes de desocupados y subempleados, es decir, por la “gente que sobra”, en lugar de identificar en esa fuerza de trabajo no utilizada una fuente extraordinaria de *potencialidades* productivas.

En el marco de esos dos ámbitos de preocupación central la dimensión económica que tiene que asimilar el pensamiento político y la necesidad de hacer más accesible el conocimiento económico —el texto— levanta una diversidad de áreas más específicas de interés; dando a veces la impresión de que se trata más de la intuición del autor que del abordamiento sistemático del tema, pero que en cualquier caso deja identificados campos de singular interés e importancia.

Una de esas áreas tiene que ver con su crítica al carácter excesivamente global que asumen, por lo general, los planteamientos económicos: “la economía tradicional está enferma de globalismo”, dice Sendic. La observación me parece justificada y de la mayor importancia. De hecho, y particularmente en nuestros medios de capitalismo subdesarrollado, es ostensible la incongruencia entre la globalidad de las categorías económicas que se manejan en el análisis y las pronunciadas diferenciaciones en el interior de los mismos conceptos en la realidad concreta a que se refieren esos análisis. Así por ejemplo, se habla del *consumo*, de sus niveles y su composición, como si los totales o promedios representaran unas situaciones relativamente homogéneas, en circunstancias que existen diferencias abismales entre distintos grupos o estratos socio-económicos y, por lo tanto, hay que preguntarse de quiénes se trata en esa referencia general. Ocurre lo mismo con las clasificaciones sectoriales en uso: no basta identificar un sector agropecuario o ramas determinadas de la industria manufacturera; es preciso desglosar entre la agricultura comercial y la economía campesina, entre la producción que se basa en mano de obra asalariada y la que generan los llamados trabajadores por cuenta propia, entre la que proviene de empresas na-

cionales y extranjeras, de las grandes, las medianas y las pequeñas empresas.

Los perfiles técnicos de tales estratos suelen ser muy diferentes y las cifras de producción y productividad, así como del ingreso de los factores productivos, marcan distancias enormes entre unos y otros. La “heterogeneidad estructural” se constituye en un rasgo distintivo de la mayoría de los sistemas económicos latinoamericanos. En cambio, las políticas económicas por lo general se siguen definiendo y poniendo en práctica de manera global; y por lo mismo, resultan ser idóneas o eficaces respecto de algunos estratos (de ciertos “agentes económicos”) y absolutamente inapropiados o inútiles respecto de otros.

Hasta las imágenes simplificadoras que suelen proponerse encubren en su globalidad la verdadera naturaleza de las cosas y sugieren apreciaciones equívocas y conclusiones erradas. El “círculo vicioso de la pobreza” —las sociedades pobres no pueden dedicar proporciones mayores de su ingreso a la formación de capital, y por lo mismo siguen siendo pobres— ocultan la realidad de los estratos que concentran cuotas muy grandes del ingreso total, en las que potencialmente podrían sustentar tasas de ahorro sustancialmente mayores, que sin embargo se desvían hacia niveles y formas de consumos excesivos para los grados de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzados.

Con razón, Sendic se pregunta “¿qué inversión, y qué consumo, y dónde?”; y a la afirmación corriente de los textos más elementales que buscan explicar el problema económico como expresión de unas demandas ilimitadas frente a recursos limitados, opone el axioma “los recursos son limitados, las necesidades también, el consumo suntuario es ilimitado”

En todo esto, independientemente de si queda o no bien resuelta en el texto, se expresa otra vez la misma preocupación fundamental, que se constituye en desafío para los economistas profesionales: es necesario identificar y explicar la naturaleza esencial de los problemas económicos, sin sofisticaciones.

El recorrido de la lectura del texto irá sugiriendo también otros desafíos similares. No siempre explícitos, ni sustentados con rigor técnico, muchas veces confusos; pero apuntando hacia cuestiones de indudable relevancia.

La preocupación por los valores democráticos y las formas en que ellos habrían de expresarse en la economía, es manifiesta en diversos párrafos y convoca a reflexionar por caminos poco transitados. Valora el trabajo, la iniciativa y la creatividad, como funciones a la vez

individuales y sociales; previene contra la burocratización y busca definir los ámbitos más propicios para la participación, no tanto en los propósitos básicos como en las formas de alcanzarlos. “El objetivo —dice— no es transformar al hombre en espectador, ni en un consumidor compulsivo desentendido de la producción”; “tiene que haber vías especiales para que la creatividad no se vea frustrada: en la fábrica, es mejor la célula, donde se pueden expresar todos, que la asamblea”; “la célula debería ser la unidad de toda democracia”. Y en el parangón de célula y fábrica deja sugerido todo un tema sobre la democratización de la vida económica cotidiana.

En el mismo sentido esencial de preocupación coloca sus referencias a los problemas tecnológicos: “la producción en serie con mano de obra masiva no es la única”; y tal vez con la imagen implícita de su propio país, de dimensión absoluta relativamente pequeña, abre discusión sobre las opciones tecnológicas de pequeña industria, llama a proteger una “logística local” y defiende el criterio económico de la ventaja de las fábricas pequeñas a niveles de zonas determinadas, que contribuyan además a evitar, según piensa, la emigración de los trabajadores.

Apreciar la desigualdad creciente de la distribución del ingreso no sólo sus dimensiones sociales y políticas, sino también su significado directamente económico: “todo aumento de productividad necesita un aumento proporcional en el número de consumidores (mayor atomización del poder adquisitivo)”, relación que incorpora a su análisis proponiendo el concepto de *correlatividad*, cuya ausencia sería determinante de las crisis. Parece elemental, pero involucra sin embargo una dirección de análisis muy distinta de la que, respecto de estos temas, ha predominado largamente en el pensamiento latinoamericano. En efecto, la denuncia de la desigualdad y la propuesta de unas políticas “compensatorias” ha supuesto implícitamente que la concentración creciente del ingreso ha representado un factor de impulso dinámico al crecimiento (al favorecer la rápida diversificación de los desarrollos industriales “sustitutivos”), frente al cual se necesitaba de políticas “compensatorias” para neutralizar sus efectos adversos sociales y políticos; y sólo muy recientemente ha comenzado a abrirse paso la idea de que los altos grados de concentración del ingreso, a la vez que han aprisionado los límites de la tolerancia social y política, se constituyen también hoy día en un obstáculo objetivo para la continuidad del propio crecimiento económico. Para Sendic, esto se hace ostensible por “la quiebra de un alto porcentaje de empresas, mientras hay vastos sectores de la población que necesitan su producción y no pueden adquirirla”,

configurando lo que llama la “paradoja de las dos crisis simultáneas e incomunicadas, en la que cada una tiene la solución de la otra: superproducción y subconsumo”

Desprovisto de algunos prejuicios que para los economistas profesionales adquieren frecuentemente la condición de verdades inamovibles, incursiona en campos en los que la ortodoxia ha procurado erigir vallas insuperables. Enfrentado al tema de la relación entre los medios de pago y la disponibilidad real de bienes y servicios, e invocando un “proceso de desmistificación de la moneda”, llega a sugerir la posibilidad de una circulación simultánea de dos monedas con capacidad de adquisición de distintos conjuntos de bienes y servicios; con lo cual, en su opinión, se podría aplicar políticas económicas y monetarias diferenciadas de modo que no se recurra a “una restricción monetaria total cuando hay sectores que pueden servir a un consumo igual o mayor si le permiten expandirse”. Con más razón, la dualidad quedaría justificada cuando se trata de los tipos de conversión de la moneda nacional respecto a las monedas extranjeras, reeditando así, en otras palabras, la vieja controversia sobre la fundamentación de un cambio único en economías que se caracterizan, por otra parte, por sus grandes heterogeneidades económicas internas.

En otro campo, las referencias a la deuda externa constituyen otra ilustración de lo que ocurre con el texto en relación a varios de los temas que toca. La argumentación, referida a los grados de correspondencia del capital especulativo involucrado con las corrientes reales de la producción, es ciertamente discutible; pero las conclusiones fundamentales que enuncia se sitúan directamente en las cuestiones centrales del asunto: “es obvio que el Tercer Mundo no podrá pagar su deuda externa... si la moratoria obligada del Tercer Mundo trae la quiebra de la banca privada internacional, no se derrumba la economía mundial por eso... es cada día más claro que lo que reciben los capitales especulativos por pago de sus préstamos, es lo que están restando de compras a sus industrias... Un ‘Plan Marshall’ para el Tercer Mundo levantaría también las economías de los países de la OCDE”

Es la reflexión del político, del dirigente imbuido de profunda conciencia nacional y popular, más que la elaboración técnica del economista, la que conduce a Sendic a conclusiones económicas relevantes y correctas, independientemente de la forma en que las sustente. Y es también esa misma condición esencial suya la que se expresa en los párrafos que involucran propuestas del futuro. Tal vez sin proponérselo específicamente así, participa de hecho en los

debates actuales sobre las "opciones" y "estrategias" del desarrollo, apuntando también en ello a las cuestiones más esenciales. Su convicción sobre la necesidad de reducir las desigualdades sociales, cuyos extremos se han constituido en rasgo distintivo de casi todas las necesidades latinoamericanas, su afán constante por diferenciar lo esencial de lo superfluo, el concepto de "suntuoconsumo" que utiliza, sustentan la propuesta esencial de la sociedad sobria, sin excesos de consumos innecesarios y sin déficit de necesidades básicas, que propicia para la próxima fase histórica del desarrollo latinoamericano. Recuerda a Ghandi: "no se trata de multiplicar las necesidades hasta el infinito, sino de aislar las esenciales y solucionarlas"; y aventura sobre la identificación de lo que podrían ser instrumentos idóneos para actuar en consecuencia. Otra vez, lo que pudiera parecer elemental, pero que de todos modos es lo verdaderamente importante y lo que no siempre se rescata con todo el rigor necesario en los análisis económicos más sofisticados.

Una clave tal vez excepcionalmente prometedora para avanzar a esa integración verdadera de "lo económico" y "lo político" que siempre proclamamos como indispensable, pero de la que sin embargo seguimos tan lejos en los hechos. Acaso en ello radique la contribución más importante de estos escritos de Sendic. Y si el texto en su versión actual no llega a cumplir bien su propósito de divulgación, de extensión amplia del conocimiento económico básico, cumplirá en cambio, sin duda, la función de motivar a los economistas, de desafiarlos en su propio campo desde fuera de su campo. Por ello, acaso sean los propios economistas los principales destinatarios de este texto, del que podrán reprobar muchos de sus contenidos, pero en el que encontrarán anotaciones sugerentes e inspiradoras. Un destino principal del texto que probablemente no estuvo en la intención de Sendic, pero que no deplorará en tanto motive las respuestas de las que los economistas pasamos a ser deudores.

- Pedro Vuskovic. Economista chileno. Ex ministro del gobierno de Salvador Allende en Chile. Investigador en el Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE), México, D.F.